

«EL CONTENIDO DEL CORAZÓN»: SU SIGNIFICACION FILOSOFICA

I

En este sorprendente, cálido y cautivante libro de poesía de Luis Rosales encontramos, al correr de su lectura, una profunda meditación sobre la vida. Diríamos aún, sobre la esencia de la vida, o mejor, la vida exhibida en su misma esencia. La temática en principio no tiene por qué sorprendernos, puesto que este libro es la versión poética de la propia vida de su autor. Es una autobiografía vertida en forma de poemas.

Pero ¿desde cuándo una autobiografía exhibe, de suyo, algo esencial? Más bien estamos acostumbrados a que las biografías no sean más que vidas particulares, concretas, donde normalmente estas historias personales—por importantes que sean—quedan ceñidas al estricto círculo de las circunstancias, hechos y pensamientos que el autor ha desarrollado a lo largo de un período de su vida. En ciertos casos se escriben como ilustración o ejemplo de concepciones históricas en las que se intenta mostrar cómo, de alguna manera, determinados acontecimientos de significación política, cultural o social para una nación o para la historia de la humanidad en general, se «encarnaron» en la vida de estos personajes. En otros casos, las autobiografías no son más que la voluntad de perduración del autor; de perdurar ya sea con la convicción que tiene algo que legar a los demás, ya sea simplemente por la pretensión de no caer en el olvido.

¿Qué queremos decir con qué, en este especialísimo caso, nos encontramos, implicada en una autobiografía vertida en forma poética, con una consideración de la vida en su esencia misma?

¿Es acaso esta obra de Luis Rosales un ensayo de filosofía?

La filosofía desde siempre se ha reservado la tarea de preguntar por la esencia de las cosas, buscando dar respuesta independientemente de los casos particulares, tratando de comprender la verdad en ellas alojada. Es la consideración abstracta de las cosas; tal manera de proceder es la que, en definitiva, la ha distinguido de otras manifestaciones del espíritu.

NOTA.—Todos los entrecomillados son palabras de Luis Rosales y todos los números que aparecen entre paréntesis corresponden a las páginas de *El contenido del corazón*, Ediciones Cultura Hispánica, Madrid.

Ciertamente, este libro de Luis Rosales no es ni mucho menos un ensayo de filosofía. Es un libro de poesía, que trata de UNA vida; la vida concreta del propio autor. Es por eso que se pone irresistible la pregunta: Pero ¿es que también la poesía nos dice «qué» son las cosas?

Parece que no; por lo menos a primera vista, nada más lejos del ánimo de un poeta que hacer filosofía, nada de abstracciones, sino, por el contrario, labor dolorida o regocijada con las imágenes concretas, en las sugerencias del lenguaje; es más bien la tarea del despliegue de la sensibilidad que de la inteligencia objetivante.

Sin embargo, la realidad no sabe en última instancia de recortes o supresiones y no concede su plena y fundamental explicitación solamente a una ciencia o a un saber o, inclusive, a un hacer.

Al fundamento, a lo esencial, al ser mismo le es indistinto el modo de venir a la presencia, de llegar a desvelarse. Sólo exige ciertas condiciones; la principal de ellas es la disposición para que así se pueda revelar. Y esa disposición nuestra es originariamente la de apertura a la totalidad. Todo un mundo se esconde tras esa escasa formulación, y aunque no es aquí el lugar apropiado para desplegarlo, no pasa desapercibido que esta apertura a la totalidad comporta como rasgo distintivo un consentimiento (tomado en la doble implicación de dejar ser y sentir con) a lo que nos excede, o dicho de otro modo más técnico, comporta la experiencia pre-ontológica del Ser.

Nada está clausurado en sí mismo. Todo constituye un plexo de referencias significativas que convergen, que pugnan por converger hacia el espíritu humano capaz de recogerlas, buscando ser traídas a su actual presencialidad y por lo mismo haciéndose verdad sucesivamente.

El advenimiento a la presencia de lo que busca presentificarse encuentra, sin embargo, zonas del espíritu más permeables a su desvelación. Tres modos privilegiados de experiencia están en la base de la filosofía, la teología religiosa y la poesía. Héctor Mandrioni, en su precioso libro *Rilke y la búsqueda del fundamento*, lo precisa así: «Las potencias metafísicas del espíritu que, como la teología religiosa, la filosofía y la poesía, se ocupan cada una desde sus visualizaciones específicas del fundamento último de la realidad deben aprender a dialogar entre sí» (p. 24. Ed. Guadalupe. Buenos Aires, 1971). Ciertamente tienen visualizaciones específicas, pero identidad de apertura o intención.

Toda presentificación comporta necesariamente un lenguaje, que la mantiene en la presencia actual, o por lo menos, que le concede la

posibilidad de rastrear las huellas que han conducido a este advenimiento.

Cada una de estas tres modalidades básicas de corresponder al fundamento tiene su propio acuñamiento obtenido por siglos de historia, y tal manera de acuñarse en un lenguaje específico les otorga esa «visualización específica» y el violarlo entrañaría sin duda el riesgo de no corresponderle. Pero al par no debemos olvidar que ese mismo lenguaje que le ha otorgado la posibilidad de su experiencia, está generando continuamente las posibilidades de su ocultamiento al esclerosarse o entificarse en alguna de sus múltiples dimensiones.

Luego de este brevísimo, pero indispensable, rodeo creemos haber ganado algo en orden a la pregunta que desencadenó nuestra meditación. ¿Es acaso *El contenido del corazón* una obra de filosofía? ¿Nos dice acaso la poesía cuál es el fundamento de todo?

La respuesta es casi obvia: ciertamente que no, tomadas en su matiz específico la filosofía es tal y la poesía cual. Sin embargo, esta obra, desde su específica diferenciación, ha entrado en la zona del fundamento, esto es, ha llegado a la cercanía de lo idéntico, donde toda diferenciación está en ciernes, por lo que le suministra al pensar filosófico un camino regio por el cual internarse, tal vez con más holgura y profundidad que desde su propia especificidad.

Este, entendemos, es el acontecimiento que en esta obra de Luis Rosales ha tenido lugar. Corresponde ahora verlo más de cerca.

II

No se puede leer *El contenido del corazón* sin palpar emocionalmente; su lectura no deja intervenir a la razón objetivadora. Es preciso de entrada sumergirse en él, tal como él viene propuesto. Es la maestría del lenguaje usado por Rosales (¿o que se usa en él?) lo que nos provoca esa imposibilidad de tomar distancias, la que genera esa atmósfera emocional que nos invita a recogernos al par que nos distiende. Decimos recoge y distiende; nos recoge de nuestro habitual y cotidiano estar en lo otro, en lo ajeno; nos recoge de la sistemática alienación a que estamos sometidos por la sociedad actual, y simultáneamente nos distiende, nos despliega a nosotros mismos en nosotros mismos en nosotros, fuerza a que nuestra alma encogida y funcionalizada en unidimensionales actividades se extienda, se reconozca en su amplitud, se percate de su consistencia.

Allí está en operación lo que enunciábamos más arriba, este lenguaje conduce, no clausura, abre accesos a lo íntimo—la región de

la confluencia de lo instintivo-ciego y lo abstracto-lúcido—, nos pone en ruta a lo esencial. Se instala justamente en implícito contraste, por rechazo, del clausurante lenguaje del mundo científico-técnico, que a fuerza de numerar, registrar y tabular, ha echado sobre la región de las experiencias originarias el granítico manto de la positivación normalizadora, niveladora con el ya hoy explícito afán de ponerlo todo a la mano, de que nada quede sin manipulación.

Rosales nos ha abierto un mundo que nos retrotrae.

Retro-traer. ¿Qué es eso que nos trae hacia atrás?

Lo paradójico y sorprendente es que eso que nos detiene, que desde atrás nos tira, es lo que —teóricamente— está allende nuestro, más allá de nosotros; esto es: la muerte.

«Lector: éste es un libro ya puesto en orden por la muerte» (p. 15), y queriendo decir libro se dice vida, «yo me resumo a él» (11), dice terminantemente su autor. Y así es nombrada, presentificada la muerte; como lo que nos aguarda y nos atrae irresistiblemente, pero que en lugar de envararnos, ocultarnos o forzarnos a adoptar actitudes heroicas al comprenderla como el fin de nuestros proyectos o como la insoslayable irrupción de la nada en nuestra aspiración de absoluto, la muerte nos propone regresar. «Regresar ya es hacer testamento» (22) y «... comprendo que vivir es ver volver» (24). Así se descubre el sentido de la muerte, haciéndonos comprender el sentido de la vida y comprendiendo ésta, gana la muerte la plenitud de su sentido. Auténtico círculo—no vicioso—hermenéutico. «Vivir es ver volver, porque la muerte no interrumpe nada» (149). Introduzcámonos en esta hermética y ceñida formulación, puesto que todo el libro no es más que su explicitación.

¿Qué es este ver que denomina al vivir? Por de pronto, aquí ver no es más mirar. Ver aquí está tomado en ese profundo sentido que late en esa tan frecuente expresión cotidiana: No veo de qué se trata. No es el ver de los ojos, que se posa sobre las cosas, captándolas allí, en ellas, en sí. Es un ver espiritual, es como una intuición comprensiva, es comprender algo, esto es, asirlo por dentro por lo que lo funda, en una palabra, es re-conocerlo, o sea, recordarlo. «Mirar es una cosa y recordar es otra ¡tan distinta! y, sin embargo, sólo vemos las cosas recordándolas» (54).

La comprensión entrañable y desde dentro de las cosas sólo es posible mediante el recuerdo... «el recuerdo es el único medio que tiene el hombre para diferenciar una cosa de las otras, para vivirlas, para hacerlas nuestras» (24). «En la memoria se perfecciona la visión» (54). Entonces, ¿cuál es esta especial función de la memoria?

Normalmente, se entiende el vivir como una actividad progresiva, esto es, la vida busca siempre incrementarse, ser cualitativa y cuantitativamente más. La memoria suele entenderse como la capacidad o facultad de retener nuestro pasado en el presente, impidiendo que se disuelva nuestra continuidad en una mera puntualidad, hace a lo ya sucedido, actual, presente y que está estrechamente vinculada a nuestra capacidad de expectación, la que instala al futuro en nuestro presente, haciéndolo por ello real. Constituyen estos tres momentos el horizonte temporal de la vida. Sin embargo, advertimos que aquí se le asigna a la memoria un rol mucho más decisivo para la vida humana.

La memoria, no sólo es un momento de nuestro decurrir temporal, sino fundamentalmente la capacidad que nos vincula con lo originario, lo que nos liga al origen. Es una capacidad que más que traer-hacia-mí-algo que yace en el pasado—ésta sería su función secundaria y derivada de la anterior—nos abisma desde el presente en el pasado, no sólo nuestro pasado, sino en lo pasado y más que pasado anterior, en lo anterior a nosotros, en nuestro origen. «Nadie sabe hasta dónde puede llevarle la memoria, cuando se entrega a ella» (23), «nadie sabe cuándo comienza a revelarse lo verdadero» (23).

Detengámonos un momento en lo originario, en el origen. Porque origen comporta una doble significación; es lo que principia, comienza y a la vez lo que sostiene, lo que funda. El origen como comienzo lo es tanto el punto para la línea como el nacimiento para la vida y el origen como fundamento es lo original, lo más verdadero o lo más auténtico de algo, como, por ejemplo, se dice que fulano es originariamente español, aunque haya pasado toda su vida fuera de España; le acompaña siempre y no es sólo el punto inicial de arranque. Dicho apretadamente en el origen se entraña lo originante y lo original.

Para Rosales es claro que, aunque distinguidas las dos significaciones, se fundan ambas en esa única que sostiene al resto. O sea nuestro origen es nuestra infancia (comienzo) y nuestra plenitud (sentido, unidad, fundamento). «Y entonces comprendemos que la vida ha llegado de nuevo hasta su origen y que las cosas enterradas en nuestro corazón aprenden a nacer» (37). «¿No habéis sentido nunca una caída sin asidero en la memoria?» (91). «Pero, no lo olvidéis, todo vuelve a su origen y aquella forma oval era también la que tuvieron en el claustro materno» (118). «Lo que importa es nacer y siempre queda en nuestra vida un brote nuevo o un recuerdo de niño» (120). «...: la unidad de la vida. En la primera infancia la tuvimos» (121). «Lo primero es lo lleno» (144). «Tal vez lo profundo es lo sencillo» (36).

La memoria es así el órgano de captación del origen, de lo verdadero. No lo es ya la inteligencia que capta las significaciones abstractas y las recorta en un objeto mental. La memoria que encuentra los recuerdos es la que nos decide esencialmente. Para Rosales, la función de la inteligencia que nos da el saber, no es lo decisivo para la vida humana: «Sabemos muchas cosas, amiga mía. Sabemos muchas cosas, que no nos sirven ya para vivir.» «Sabemos tanto que quizá convendría que no aprendiésemos nada más» (45). «El hombre es tan mendigo que ni siquiera puede saber con claridad lo que precisa para vivir» (103).

Todo aquello que de alguna manera depende de la razón es denominado «lo pintado» y aparece siempre como contrapuesto a «lo vivo». «Lo vivo y lo pintado» (79).

Late bajo esta caracterización el enérgico rechazo que algunos autores del pensar contemporáneo están haciendo desde diversos ángulos y perspectivas a la razón objetivante y calculante, que atrapada por el modelo de la metodología científica nos ha alejado de las auténticas fuentes de la existencia.

La contraposición de lo vivo y lo pintado no es, con todo, tan radical en la obra de Rosales como para algunas corrientes actuales que exaltan a la vida en sus formas espontáneo-impulsivas o simplemente instintivas, interpretando que todas las elaboraciones del espíritu inteligente son enemigas de la vida o superestructuras; elaboraciones tardías y alienantes o simplemente inmovilizaciones. Rosales cala más hondo al caracterizarlas como «verdades sucesorias». Ambas están aliadas y se precisan mutuamente; cada una supone a la otra para cumplir su función para la vida humana. La vida es una realidad mucho más rica y compleja como para dejar fuera de ella o hacer intervenir contra ella las actuaciones de la inteligencia, a pesar de lo dañino que puede resultar—y de hecho resulta—su exclusivismo. «En la primera infancia nos parece que todo es evidente; más tarde nos parece que todo necesita demostración. Ambas creencias son alucinaciones o, mejor dicho, son verdades a medias, verdades sucesorias, pues precisan que la verdad anterior haya muerto para ocupar su puesto» (120).

Y éste es un proceso necesario. «Nadie puede evitar este proceso» (122). Este proceso es una caída; caída desde la plenitud a una sucesiva y gradual des-plenificación, desde la vida completa íntegra, «reunida», «junta», «cierta» y «gratuita» a un sucesivo y gradual des-vivir (ir muriendo) hacia lo «claro», lo «adquirido», lo distinto.

El estado original está cualificado ante todo por la inocencia, y cuando ésta se pierde, se instala ese estado desarraigado, de esencial melancolía, ese estar transidos de tiempo—no ya estar sujetos a un

tiempo que numera desde fuera una duración, sino el tiempo vivo—. «El tiempo no es un sueño...» (118) que nos va vaciando por dentro, desollándonos, sucediéndose en nosotros con inevitable sucesión, haciendo en nosotros los «rasgos», transformándonos de «gesto» en «rasgo».

Es el paso de lo «secreto» a lo «claro». «Lo claro es necesario, lo secreto nos constituye» (121). De la identidad a la diferencia, en lenguaje de Hegel. Allí interviene la inteligencia para rearmar el mundo perdido, se pierde la «certidumbre», se busca la «seguridad».

En el origen estaba todo, en la plenitud y en la infancia éramos salvos, en la forma del misterio. La caída se desencadena cuando se pierde la inocencia y ésta se pierde cuando se dice: No. «Aquel NO fue mi examen de muerto» (131)—como Adán—. «Con aquellas dos letras saltó roto en pedazos el mundo de mi infancia» (131). Fuimos expulsados del paraíso.

Allí en el seno mismo de la plenitud, de la identidad, está agazapada la nada, y un buen día irrumpe en el NO, introduciendo la diferencia y la sucesión. Es bueno en este momento recordar cómo la negación no tiene un estatuto meramente lógico, sino que es posible que haya negación porque está la nada posibilitándola; porque hay la nada.

A partir de este momento toda la vida no será más que el intento de restituir este estado, de lograr conferirle a la vida nuevamente su unidad. Pero aquella identidad originaria no puede serlo más. Ahora sólo es posible una restitución. Y para efectuarla sólo hay un instrumento apto: el recuerdo; una capacidad: la memoria. Ahora se ve plenamente su primacía sobre la inteligencia y su importancia para la vida humana.

Vamos a ver entonces: ¿Qué son los recuerdos? y ¿cómo operan la restitución?

Vivir es una sucesión, decíamos, o una duración que va acumulando en su devenir pasado. «Todo sucede y sucede para bien, puesto que al fin y al cabo queda algo» (44). «Durar también es vivir» (46). «Nada cesa en la vida» (115). «... que la vida del hombre se vive entera siempre; se vive entera, llena o vacía, en cada uno de sus instantes» (34).

Esta acumulación es necesaria, inevitable; nosotros somos esa acumulación; nuestro presente actual resulta de esa anterioridad acumulante y acumulada; por eso, «tenemos que sobrevivirnos, puesto que no hay ninguna posibilidad vital que no descansa en el pasado» (35). Ahora bien, de frente a ello no nos caben más que dos posibilidades: o permanecer atentos a ese sucederse, que acontezca en nosotros el des-vivir sin darnos cuenta, vivir como «invitados a vivir», enredados

en lo frívolo, o sea sólo sintiendo, o se puede intentar recuperarla, dar el salto desde el mero vivir a la vida asumida —no ya en el intelectual acto reflejo de nuestra conciencia, que sólo da como resultado saber de la vida—, sino recordando lo que nos ha constituido, porque hoy nos constituye, o mejor, para que hoy nos constituya, lo que se ha precipitado, lo que se ha decantado en el origen comenzante y fundante. «Lo que no se recuerda, lo que no vuelve del corazón a los sentidos, no se vive, se siente» (24). «Del sentir al vivir media el recuerdo. Sólo el recuerdo, amiga mía» (24). «Yo quisiera decirte que el recuerdo nos hace y nos deshace... (24).

Hay momentos límite de la existencia humana; en el fondo, solitaciones misteriosas que desfondan nuestra existencia segura e instalada —atenida a lo manipulable y manipulados nosotros mismos, enredados en lo urgente, sin distinguir lo importante—, que la ponen al borde de la destrucción. Allí concomitantemente aparece todo con una diafanidad asombrosa; la totalidad nos convoca, pugna por revelarse. Nos debemos despojar para darle su lugar; lo anterior a nosotros quiere estar con nosotros.

«Es preciso decidirse, quedarse a solas con la vida» (27). «A veces lo más hondo del corazón se nos hace tan existente e inmediato que comprendemos que la vida ha llegado a su límite, y a partir de ese instante sólo es preciso que no ofrezcamos resistencia y nos dejemos invadir» (29).

Lo anterior es lo olvidado. «Pero tampoco bastan los recuerdos; es necesario haberlos olvidado, haberlos recreado muchas veces, para que puedan descarnarnos y alumbrar nuestro origen» (33). Así permanecen aquellos acontecimientos en la zona del origen, ya dispuestos para ser los recuerdos en la vida del hombre. «En el aire hay olores, como en el hombre hay recuerdos» (18). Hombre es la caracterización de la vida que sucede, que temporaliza, la que se ha desgajado del origen; «los niños no son de tiempo todavía. No están hechos por dentro» (100).

El origen es lo de suyo olvidado. La memoria comienza con el tiempo, y el tiempo, con la memoria; «... sentimos que el tiempo se nos muere, se nos queda detrás de la memoria, en un vacío donde todo es presencia» (27). Hacia aquel ámbito se repliega la memoria y desentierra, descubre los recuerdos; no los inventa ni los crea; los extrae de aquella edad feliz. Y plegándose a ellos en sí mismos restaura en nuestra vida sucesiva la unidad. Esa edad constituye la plenitud del corazón, a la que la temporalidad no modifica, pero oculta. A esas huellas «suyas», no nuestras, «que el recuerdo rescata», el tiem-

po no las funde. El tiempo sólo la ha cubierto como los rastreadores la huella para que permanezca intacta, para que siga siendo tuya, hasta que alguna vez vuelva la vida a rastrearla» (35).

Y a este encontrar la memoria al recuerdo, a este advenimiento en nosotros del recuerdo del origen a la memoria del corazón, denomina Rosales acertadísimamente «resurrección»—sólo se resucita de la muerte—, y eso quiere decir que nuestro vivir o des-vivir (ir muriendo) mediante el recuerdo pasa a ser vida nuestra al asumirnos desde y en nuestro origen el fundamento. «Todo recuerdo verdadero es igual que una resurrección y repentina de nuevo nuestra vida» (33).

Entonces se ve claro que los recuerdos «son las alas que van uniendo y entrelazando lo ya vivido y lo viviente» (37).

Pero cuando emergen los recuerdos no hay que dejarlos ir; hay que asegurarlos o, lo que es lo mismo, hay que elegirlos. Decidirnos por lo que nos decide. Ejercitar en esa elección nuestra libertad. Pero «... la libertad es un despliegue. Vamos creciendo hacia los muertos» (141).

En efecto, «vamos creciendo hacia los muertos» implica una doble referencia. Hacia el fin como agotamiento y hacia el origen como plenitud. Nuestro mundo pleno, el de la infancia o la inocencia, está poblado por la gente y las cosas que amamos y las personas que nos han amado; «lo que has amado ésa será tu herencia y nada más» (95); muchos de ellos han muerto, pero allí han quedado no sólo en sus operantes influencias sobre nosotros, sino también en ese especial modo de presencia que tiene lo ausente y que sólo el recuerdo puede hacer perdurar.

Y simultáneamente hacia el fin, decíamos, el vivir es una sucesión que nos va descompletando; es auténticamente un desvivir; «queda la desazón, la quemadura de vivir, que no hace costra nunca» (147). Allí permanece emboscada la muerte; ya ha hecho su irrupción anodante en aquel NO. Sin embargo, el recuerdo como «resurrección», como auténtico nacer, nos ha dado la unidad perdida, ha conseguido restablecer la alegría. «Vivir es ver volver, porque la muerte no interrumpe nada» (149).

Y ése, finalmente, es el «contenido del corazón»: entender que nuestro presente, que lo que somos actualmente, yace predeterminado por nuestro pasado, por lo que ha podido acumularse en él. «El presente no es más que un saldo» (155). Entender que «desde esta alegre (ahora alegre por la resurrección del recuerdo) cesantía que va siendo el vivir conviene inventarlo todo» (145), y puesto que «nada hay más importante que vivir» (145), nuestra tarea es «poner orden en

nuestros recuerdos» (144). Entender «que la muerte no interrumpe nada», porque es posible recuperarla en la operante recuperación del recuerdo de nuestro origen. Por eso «la muerte tiene un límite» (156); no es ella ya misma un límite absoluto que se lleva todo con ella, sino que «algo deja tras ella» (156).

III

Hemos intentado mostrar desde cerca lo que ha acontecido en la poesía meditativa de Luis Rosales y cómo su tema es la vida misma en su esencia.

Lo que en definitiva nos está propuesto por esta obra es entender lo que sea la vida (y la muerte); pero tal intento está esencialmente vinculado a la forma en que ese intento se vierte. Lo que se quiere decir es esto: Rosales nos ha mostrado magistralmente cómo la vida misma está ligada a un lenguaje. Al lenguaje poético.

No es que la vida sea un lenguaje ni el lenguaje la vida. Es algo más hondo por unitario. La unidad precontiene a la dualidad. Nada de lo que es en realidad es lo que es si no es traído a un lenguaje (no ya que lo exprese, puesto que toda expresión supone lo expresado y al expresante, con la distancia que tal desmembración supone).

Es justamente eso o en eso donde se patentiza la autopertenencia del mundo al espíritu y del espíritu al mundo. Lo cierto es que las cosas son lo que son en la medida que alcanzan a presentificarse adecuadamente. Esto no presupone necesariamente que hay una realidad en sí que el espíritu humano denomina en segunda instancia, previa una captación intelectual de la misma, puesto que entonces habría tres dimensiones; la cosa en sí, lo que de esa cosa pensamos y lo que decimos de lo que pensamos de esa cosa, creando así tres ámbitos, donde no se vería bien qué los liga, y entonces todo el afán en mostrar lo que las cosas son se disuelve, primero, en mostrar las condiciones bajo las cuales su intelección es posible, y luego, en mostrar cómo su expresión es la adecuada.

Toda nuestra tradición filosófica y aun, consecuentemente, toda nuestra heredad cultural vive dominada por esta tripartición de la realidad. Las cosas, el hombre y sus «productos».

Así, la filosofía ha sido durante siglos «teoría del conocimiento», y el arte en general, «expresión bella», ya sea de la intimidad del artista o del modo de sentir las cosas del mismo.

Sin embargo, todo de alguna manera es distinto (porque la oportunidad no lo permite, debemos ser sintéticos), escuetamente dicho:

El hombre es el lugar privilegiado de la aparición del todo; es la pieza que dentro de la totalidad debe exhibirla; pero para eso debe despojarse en sí mismo; lo que quiere decir: abandonar las interpretaciones parcializantes que de la totalidad (incluido él mismo) hace el conjunto actual del saber y del actuar. Conceder, devenir todo el lugar de la manifestación. El hombre cuenta para ello con la capacidad para el lenguaje, que no es, por cierto, de él—el lenguaje es el depósito (lo olvidado y recordado) de la memoria colectiva. «Las emociones, como el lenguaje, nacen en una fuente remota del sentir colectivo» (24), y entonces allí está a su alcance para recordarlo, para «acuñarlo» [«Crece el recuerdo al acuñarse con nosotros y cobra nueva realidad al enraizarse en nuestro mundo (139)] y conferirle su realidad actual.

Si el hombre hoy quiere entender de algo, si quiere comprenderse, debe replegar sus capacidades habituales, por un lado, de inteligencia objetivante y razón discursiva que al todo, en definitiva, tiende a inmovilizarlo en un esquema eterno, válido para todo tiempo y lugar, y por otro lado, de voluntad dominante, que todo quiere, en definitiva, manipular y poseer, que prepotentemente aspira a transformarlo; para dar lugar a la memoria del corazón, que todo busca, en definitiva, recordar o mejor con-memorar, puesto que allí está el origen y fundamento.

Esta es la gran lección de Rosales al conseguir que su decir memorizante («La palabra del alma es la memoria», dice repetidas veces en *La casa encendida*) traiga a la presencia actual—al lenguaje de hoy—la esencial vinculación de la palabra a la vida; «...a veces noto que me faltan las palabras precisas y entonces la memoria queda como abortada» (92) de la vida al origen, «aunque la sucesión no sabemos de dónde arranca; sabemos que termina en nuestro origen» (140), y del origen, al fundamento del todo; «Se hace la luz, y al hacerse la luz he comprendido que la mirada de Dios no es sucesiva; conserva aún el paraíso» (149).

Esta es entonces la significación filosófica de *El contenido del corazón*: haber traído a la presencia, mediante la palabra poética, al ser mismo de la vida; habernos acercado tanto al fundamento, que podamos, desde la filosofía, decir al unísono con Rosales:

*Han pasado muchos años y aún seguimos jugando
entre el cielo y la tierra el mismo juego.*

LUIS JOAQUIN ADURIZ